

Si el necio persistiera en su necedad, sería sabio, decía Blake

Veinte piezas para instrumento de percusión

Jesús Gaviria G.

Editorial El Propio Bolsillo, Medellín, 1990, 30 págs.

Rastro de alas

Manuel Pachón

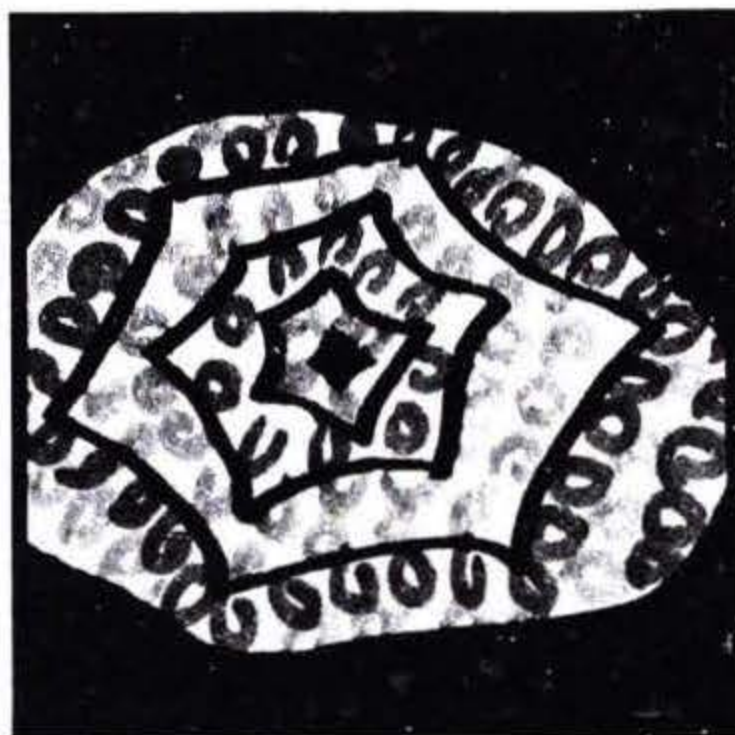
Travesía Ediciones, Bogotá, 1991, 65 págs.

Dos libros con pocas cosas en común, fuera del hecho de que ambas ediciones son pagadas por sus propios autores (en uno de ellos se lee: "Editorial El Propio Bolsillo"), y que continúan con esa "tradición milenaria" de la nueva poesía colombiana radiografiada por Cobo Borda así: "Con ello obtienen una edición de quinientos ejemplares y la garantía absoluta de que el libro no se distribuirá en Colombia ni mucho menos en el exterior", en su artículo "Poesía colombiana: el decenio del 80", en Boletín Cultural y Bibliográfico, vol. XXV, núm. 15, 1988, pág. 85.

Sin embargo y pese a lo anterior, la terquedad gana en estos nuevos libros, para confirmar la sentencia de William Blake según la cual: "si el necio persistiera en su necedad se volvería sabio" Y gana también, si entendemos que en el ejercicio de lo poético no se triunfa por concursos universitarios, por libros publicados, por reseñas obtenidas; la ambición es aquí en otro orden.

Un buen ejemplo de esto es el libro de Manuel Pachón. En él consigue el "aletazo", para utilizar la expresión de Pierre Reverdy. Es un texto montado sobre una temática clásica en lírica, pero reunido con un tono sobrio y recio en sus tres partes: Caída, Aleteo y Vuelo. Cuando hablo de tono, quiero decir con ello que el autor tiene oído, que sabe cómo no desafinar: "Habitamos el cadáver de un pájaro / y prisioneros contemplamos la noche / a través de sus

costillas. / ... Nosotros, náufragos de este vuelo / refugiados en el pequeño corazón, / no apagamos el fuego, / salimos a diario a acicalar las alas. / Algún día / expulsaremos al último gusano / y tomaremos vuelo, / nosotros, / ciudadanos del cadáver de un pájaro" (Fénix).



El libro de Manuel Pachón es limpio, refleja paciencia en su elaboración; la soltura verbal le otorga un ritmo diáfano, un instante calculado:

CHAPLIN

No por sus cejas
en constante aleteo,
ni por sus pies
que parecen andar sobre las nubes,
ni por sus manos danzando
con zapatos de pan,
ni por ese modo
de estar sin estar
sobre la tierra,
es por algo que palpita más allá
que usted nos pone alas en los ojos.

Esta medida en el lenguaje, en vez de robar expresividad al poema, se la otorga. Es en este sentido que el libro *Rastro de alas* se presenta como un todo homogéneo hasta en su última sección, titulada Vuelo, donde el erotismo también cobra altura, en contraposición y como respuesta a la primera parte, titulada Caída:

De niño me soñé cosmonauta
y como un Icaro
con alas de cartón
quise explorar planetas.

Hoy
parado frente a ti
tengo dos lunas
al alcance de la mano.

Impecabilidad sintáctica y semántica presentan estos textos: "Bajo mi paraguas / siempre llueve", afirma el poeta en su primera parte, introducción en la que la denuncia sutil no roba gracia ni es ideologizada y en la que el autor se obliga, por el contrario, a la transparencia: "Este poema / te sonará como agua".

Tres palabras definen este hermoso libro: rigor, pulcritud e intensidad poética. No es gratuito, por tanto, que el escritor llegue en momentos a la condensación total, al mínimo gesto: "El hallazgo / del eslabón perdido / mostrará / que el hombre tuvo alas" (Del futuro).

Por su parte, al libro de Jesús Gaviria, *Veinte piezas para instrumento de percusión*, dos categorías lo identifican: la sobriedad y el deseo de precisión. Como su título lo indica, veinte piezas recias y consistentes lo edifican. Un libro para releer más de una docena de veces. Aunque no conozco su primer libro, titulado *Una corta danza* (1976), ya se deja entrever que se mantiene esta misma línea, vena de agua emparentada con la magistral obra de José Manuel Arango.

La imagen hermética en estos mínimos poemas otorga sus destellos, y en ocasiones sus fogonazos:

INSCRIPCION

La risa y el llanto
que fueron los días
hoy son hierba
por voluntad
de lo efímero.

Para la brisa
te fatigas.

Esta síntesis verbal, ésta cristalización expresiva, nos conduce a la pregunta y a la respuesta desconocidas:

GASTOS

Los muros que hoy me obligan
no exhiben goteras.

¿Qué muerte es ésta
que sólo en la memoria
encuentra gastos?

Una sensualidad extraña, poco común, anida en este lenguaje fotográfico-sensorial; es otro eje visible

en esta filigrana, en este vasto entramado verbal:

AGOSTO

*Sin desfallecer todavía
el cuerpo,
ya hay ocre
en mis ojos.*

AL MEDIO DIA

*Sobre la arena ardiente
en el ojo del hinchado pargo
anochece.*

En estos fragmentos densos y profundamente reveladores que no toleran ningún exceso, aparece también una atmósfera clásica que surca cada desviación, que se hunde en cada pesadilla:

FUTURO

*Detrás de mí está Ilión,
aquí la cólera de Aquiles.*

*Homero le dirán
a esa cosa vasta y ciega.*

Estos dos libros marginales son un premio a la constancia, a la terquedad, a la "ambición" en otro orden, que recuerdan y resuenan en la sentencia del poeta Cernuda cuando afirmaba: "Aquello que te censuren cultívalo, porque eso eres tú".

JORGE H. CADAVID

El libro sagrado de los catíos

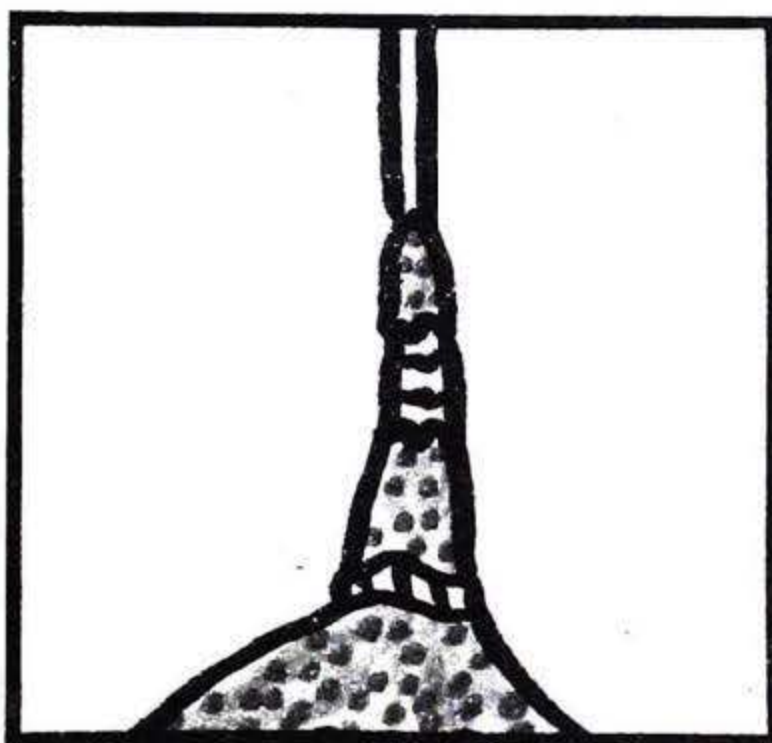
Relatos tradicionales de la cultura catía

Luis Fernando Vélez Vélez

Universidad de Antioquia, Medellín, 1990, 142 págs.

Lo que se suele llamar "literatura oral" de los pueblos es una de las fuentes primarias de la antropología y un verdadero problema para la historia y la crítica literarias. En

nuestros manuales e historias de literatura colombiana encontramos la manifestación de ese problema: cuando no ha sido excluida, la "literatura indígena", o bien la literatura de una época precolombina —cuando se le quiere dar *status* histórico—, aparece como un exótico conjunto de piezas que se consideran acabadas, cerradas en sí mismas, poemas misteriosos pero bellos —y entonces se aplica el concepto 'poema'—, relatos de un encanto seguramente comparable con la mejor —y contemporánea— literatura infantil. Esa consideración genérica esquiva el hecho lingüístico —inherente al literario—y, sobre todo, el hecho cultural, que no necesariamente es patrimonio exclusivo del estudio antropológico.



Este libro de "relatos tradicionales", con antecedentes inmemoriales en toda la historia de Occidente, propone, desde la certeza del documento antropológico, otro tipo de lectura de la tradición oral, una lectura que, no hay que dudarlo, permite el estudio literario. Esa propuesta, que se ofrece bajo la forma de recopilación de leyendas, es la de entender esas tradiciones como verbalizaciones del mito, arquetípico y universal, pero verbalizaciones que deben ser contextualizadas en el círculo de una cultura. De ahí el valor de la recopilación, que procura unificar tres factores del hecho cultural: el geográfico, definido en el trabajo antropológico propiamente dicho, el lingüístico y el que podríamos llamar literario y que incluye la labor de selección y de unificación narrativa, semejante a la de ciertos copistas y antólogos medievales que nos han hecho llegar can-

tares de gesta, cantos mitológicos y épicos y tradiciones de los pueblos llamados bárbaros —en algunos casos auténticos aborígenes— que convivieron con el imperio romano y sobrevivieron a éste. Hoy sabemos que ese trabajo ha sido fundamental para la reconstrucción de una historia y sobre todo de unas culturas en buena parte fundadoras del mundo moderno. El libro de Luis Fernando Vélez rescata del mismo modo a la comunidad catía, de notable representación y presencia en nuestro país, y la torna un personaje vivo de nuestra historia y nuestra literatura.

El "autor", pues, de estos relatos es una cultura, vocablo que aquí deja de ser una abstracción y se convierte en documento literario. Ello no es más que la conclusión de un trabajo de campo y de investigación que posibilita al antropólogo la creación del contexto, digamos la atmósfera y el clima ético, de los relatos, que entonces se cargan de una simbología original y de una visión del mundo que son su riqueza literaria. Vélez precisa de esta manera su concepto de cultura catía: "¿Y qué es lo que nos hace llamar 'cultura catía' a una heterogeneidad de grupos humanos tan dispersos geográficamente? En primer lugar, el aspecto lingüístico que revela una comunidad de caracteres, de fonemas, de estructuras y de vocablos. En segundo lugar, muchas entidades y semejanzas en otras manifestaciones culturales, entre ellas en la tradición oral, tal como se verá en la recopilación".

La especificidad catía, como cultura, queda comprobada en la identificación del mito, concretamente de unos símbolos originales que permiten la clasificación, por la disciplina de la literatura comparada, de estos relatos: la épica, entre el mito y la historia, es el género, mal que bien literario, al que pertenecen, con la magnitud del libro sagrado, como el *Génesis* para la tradición judaica, los *Vedas* para los hindúes, el *Volluspa* para los germanos del norte, *Popol Vuh* para los mayas, etc. ¿Cuáles son esos símbolos originales, esas constantes del pensamiento mítico universal que los catíos, como pueblo con memoria e imaginación defini-